



LÓGICAS DE OCUPACIÓN ESPACIAL DE LAS LLAMADAS PERSONAS EN SITUACIÓN DE CALLE EN LA CIUDAD DE SALTA

LUIS ALFREDO FERNÁNDEZ

Estudiante de la Licenciatura en Antropología
Investigador BIEA, CIUNSa, Universidad Nacional de Salta
fernandez.luisalfredo@hotmail.com*

RESUMEN

La ciudad de Salta presenta en sus folletos turísticos fotografías de paisajes urbanos armoniosos, dejando intencionalmente fuera aquellas zonas peligrosas y sus respectivos indeseados urbanos. Dentro del gran espectro de indeseados nos enfocaremos en las llamadas personas en situación de calle, aquellas que su principal característica es la no vivienda, no sólo eventualmente sino que hacen de su condición un estilo de vida, una forma de existir.

Consecuentemente, pensaremos al sujeto como horizonte liminar de nuestra reflexión social, no sólo porque el sin hogarismo en esta ciudad viene acompañado de una desafiliación, haciendo que la mayoría de estas personas estén afectivamente solas, sino porque es en su soledad donde se expresan los fenómenos sociales más interesantes. Así, en el siguiente trabajo problematizaremos las lógicas de ocupación espacial de las personas en situación de calle. El objetivo de este artículo no es presentar un esquema ocupacional sino las dinámicas de emplazamiento en las zonas de bazar y vigilancia, complementadas con las representaciones del espacio que las mismas personas hacen del territorio que ocupan, del espacio que las definen. Además, esperamos que esta reflexión no se reduzca a la ciudad de Salta sino que sea heurística para toda la región del NOA.

Palabras clave: urbano, lógicas espaciales, personas en situación de calle, zonas de vigilancia y bazar.

Fecha de Recepción: 14 de abril de 2015 - Fecha de Aceptación: 30 de abril de 2015

*Abril de 2015

LOGICAL SPACE OCCUPANCY OF HOMELESS PEOPLE IN THE CITY OF SALTA

ABSTRACT

The city of Salta shows in its tourist brochures harmonious pictures of cityscapes, leaving intentionally out those dangerous and undesirable urban areas. Within the wide spectrum of undesirable areas we focus on so called homeless people, those which its main characteristic is the lack of a home, not only in an eventually but conditionally way, which turns their situation in a lifestyle, a way of being.

Consequently, we will understand the subject as a liminal horizon of our social reflection. Not only because of its homeless condition in this city but also by its disaffiliation, making most of these people affectively alone. Is in their loneliness where they express the most interesting social phenomenon. So, in the following work we will analyze the logic of spatial occupation of people in the streets. The aim of this paper is not to present an occupation scheme but to show the emplaced dynamics of the areas of bazaar and monitoring, complemented by the representations of the space people do in the territory they occupy which define them. We also hope that this reflection will not be only reduced to the city of Salta but that in the future it engages the entire northwest region of Argentina.

Keywords: urban, space logic, homeless, areas of bazaar and monitoring.



DESARROLLO

La ciudad de Salta es conocida como *Salta La Linda*, "pretendido símbolo de tradición y paisaje, carátula con la se presenta la imagen turística" (Flores Klarik 2001: 6). En la misma se restauraron y construyeron distintas estructuras para mantener una imagen colonial de una Salta que elegantemente se maquilla para el turista como parte de las distintas estrategias de comercialización, proyecto mayor que impulsó el poder ejecutivo de la provincia en la década del '90 que continúa hasta el día de hoy. Pero como si fuera la parte de atrás del escenario, detrás de las cortinas que tejió el poder salteño desde mediados de siglo XX, existe una Salta no tan Linda, donde ciertos fenómenos urbanos no impresos en los folletos turísticos son visibles, donde el reflejo del *glamour* pierde fuerza.

Lo que podríamos llamar el casco céntrico de la ciudad convoca la atención de sus visitantes por sus edificaciones coloniales, o pretendidas coloniales, invitando al observador a levantar su mirada a las fachadas superiores estéticamente dispuestas que continuamente acompañan las cuadras de Salta dirigiendo el foco de las cámaras fotográficas dirigidas levemente hacia el cielo. Pero muy debajo de eso, más cerca del asfalto, las veredas y las calles, existe un mundo también cargado de significados y tensiones, es en este mundo donde se enfocará nuestra etnografía. Siguiendo la propuesta de Roggiero y South, y suspendiendo el esquema del imaginario que trajimos anteriormente por un momento, podemos pensar el centro salteño geográficamente y realizar un recorte territorial dividiéndola por lo menos en tres zonas: zonas de vivienda, de vigilancia y de bazar (Roggiero and South 1997). La primera refiere a aquellas viviendas ubicadas en el casco céntrico efectivamente habitadas; la segunda zona está conformada principalmente por negocios, galerías, bancos, edificios públicos y religiosos (algunos albergan los toques coloniales tan fotografiados), espacios que sólo se activan en los horarios comerciales con muy pocas excepciones, es aquí donde se supone aparece el control policial, la iluminación, un flujo constante de



transeúntes, mercadería y dinero, en sus puertas y veredas se enfocan las cámaras de seguridad que cuidan (mientras vigilan) al ciudadano en sus paseos, son estas puertas las que emiten luz y sonido, ofertas y demandas, atención al público y público atendido. Por último, contamos con las zonas de bazar donde los controles policiales no llegan con la misma potencia, donde las cámaras de seguridad no enfocan lo sucedido ya que los negocios aquí dispuestos están dirigidos a otro público, donde prevalecen los vendedores ambulantes, la venta de sustancias ilegales, donde se supone está presente la delincuencia, la prostitución, la suciedad. Estas zonas se activan aún más cuando la oscuridad impone su dominio ya que la iluminación del alumbrado público no abraza todo el paisaje. De todas formas, no hay que pensar que estas tres zonas están divididas organizadamente con fronteras definidas, sino más bien están interconectadas a pocos metros, salpicadas azarosamente en una suerte de mosaicos difíciles de encasillar donde a la vuelta de un vendedor ambulante de panchos que reúne a un grupo de jóvenes que responden al estereotipo de *villeros*¹, encontramos una agencia de turismo debajo de un hotel de varios pisos y bastante lujoso. A su vez, las zonas de bazar no sólo suponen espacialidad sino también temporalidad, un monumento de una rotonda que al mediodía sirvió como escenario de un almuerzo familiar, horas después pasará a ser una silla de descanso de un *trapito*², y por las noches se convertirá en el punto de encuentro de vendedores de drogas que tienen que organizar su negocio nocturno. Es en estas zonas de bazar y vigilancia (definidas espacial y temporalmente) donde las personas en situación de calle, interés último de nuestro estudio, pasan la mayor parte de su tiempo.

Por consiguiente, podemos decir que las llamadas personas en situación de calle realizan gran parte de sus vidas en el espacio público: la terminal de ómnibus, la sala de espera de un hospital, el cementerio, un parque extenso, las faldas de un cerro, un callejón oscuro, una esquina, la puerta de un negocio, la entrada de una escuela, la pared de un kiosco, un estacionamiento de autos, entre otros, son utilizados sobre todo para desplegar sus estilos de vida, para su ser en el mundo.



Así, doña Carla y doña María, a partir de las once de la noche, buscan un banco en la parte externa de la terminal de ómnibus destinada a los viajeros, ya que los guardias les prohíben permanecer dentro del edificio, para ubicar sus bolsas y acomodarse para dormir, esperan pacientes a que los últimos colectivos de la una de la mañana separen a los familiares que fueron a despedir a sus viajantes para que el flujo de personas disminuya, y ahí más tranquilas con menos ruido a su alrededor, disponerse a dormir. A pocos metros y a la misma hora, don Ariel, que pasó la tarde con sus amigos en la esquina donde puede charlar, reír y tomar mate, se dirige a una glorieta de la Virgen del Milagro para dormir en sus faldas una vez más. A dos cuadras, mientras el último colectivo arranca, detrás del puesto de vigilancia en un lugar bastante oscuro afuera del hospital San Bernardo, muy cerca de la sala de espera siempre llena de despiertas y atentas personas esperando buenas noticias de sus familiares atendidos, don Ernesto acomoda sus cartones, su frazada y sus pertenencias para dormir. A menos de unas cinco cuadras de la terminal sobre el parque San Martín (el espacio verde céntrico más extenso de la ciudad), el Chileno, la Gringa, Santiagueño y el boliviano Santos acomodan su colchón sobre la plataforma metálica que expulsa aire caliente durante todo el día (como parte del sistema de ventilación del supermercado frente ellos) esperando no ser molestados por los distintos personajes que acuden al parque. Estas ocho personas que ahora nos sirven de ejemplo, ilustran la territorialización del espacio (De Certeau, 1987), espacios tanto iluminados como oscuros, que forman parte de las zonas de vigilancia y bazar, donde pueden dormir lo más cómodos posibles, sin molestar a nadie, esperando no ser molestados por nadie.

En este sentido podríamos realizar un mapa de la ciudad de Salta enfocándonos en los lugares utilizados por estas personas para dormir haciendo un mero relevamiento sobre la dispersión que de este ejercicio resulta, tomando en cuenta el recorte territorial como parámetro. Pero antes mostraremos un mapa con los lugares referentes de la etnografía.



que también duermen en las calles. A continuación realizaremos un mapa que muestra aproximadamente las zonas de vigilancia y bazar para cruzar las calles, las esquinas y veredas con el mapa anterior.



Mapa 3: Casco céntrico de la ciudad de Salta. Zonas de bazar y de vigilancia.

Aquellas zonas de vigilancia están indicadas con una circunferencia color rojo, las de bazar están señaladas con rectángulos amarillos para diferenciarse. Como se puede ver, existe una intersección entre los lugares públicos que mantienen sus luces encendidas durante toda la noche (zonas de vigilancia) como la terminal de ómnibus, los hospitales San Bernardo y Hospital del Milagro, lugares cerca de la plaza 9 de Julio, peatonales, entre otras calles; y los lugares oscuros (zonas de bazar) como el parque San Martín, el cerro San Bernardo, el cementerio de la ciudad, entre otras cuadras. Aún más, este mapa es una fotografía respecto al gran dinamismo que presentan estas personas, a pesar de que la terminal, el hospital y el cementerio siempre cuentan en sus alrededores con personas en situación de calle, éstas no siempre son las mismas. Pero encontramos aquí lo interesante: ¿Qué tienen la terminal, el hospital, el cementerio, ciertos espacios verdes, ciertas cuadras que siempre, o casi siempre, tienen personas durmiendo a sus alrededores aunque éstas se renueven durante el

año?

Estas coincidencias se deben a la dinámica que caracteriza tanto las zonas de vigilancia como las zonas de bazar. Conociendo la exposición que presenta la calle, en caso de buscar protección uno preferiría dormir en una zona bastante iluminada cerca de un control que al mismo tiempo sirva de protección: doña María y doña Carla saben que están seguras en la terminal, donde las luces no se apagan nunca, donde el flujo de viajeros, empleados y vendedores es constante, donde pueden descansar sin preocuparse. Al mismo tiempo, don Marcelo un hombre de unos cincuenta años duerme al final del parque San Martín, justo al frente de una seccional de policía donde supone que no pueden asaltarlo. A unas dos cuadras paralelas, Santiagueño nos cuenta, mientras se prepara para dormir en la puerta de la escuela Sarmiento, que están bien por dormir ahí, ya que a veinte metros aproximadamente dos policías los están observando durante toda la noche y esta observación significa para ellos protección. Del mismo modo, sobre el pasaje Castro, frente a la plaza Güemes, Don Pedro, un hombre de sesenta y seis años, arma su *monoambiente* en las puertas de un edificio público frente la central de policía, esperando que le sirva de protección ya que al tener problemas legales con la municipalidad teme ser atacado por las noches. San Luis, la primera persona que contactamos, durmió durante meses en las puertas del mercado San Miguel junto a otros dos hombres teniendo la seguridad de que el celador también los miraba de reojo. A pocos metros de la plaza central sobre la calle Buenos Aires antes de llegar a la calle Caseros, don Lito acomoda su bolsa de tela donde guarda sus herramientas de trabajo de jardinería y se sienta en la puerta del negocio elegante de artesanías, tapándose con un pino aun pequeño, bajándose la gorra, cruzando brazos y piernas, preparándose para dormir; y a unos dos metros más lejos de la plaza, doña Nina, que camina muy lento por sus varices, dispone a echarse en la entrada de una agencia de turismo, aprovechando los cartones tirados en la misma cuadra, acomodándolos junto a una frazada que transporta todo el día para acostarse debajo del cartel luminoso que ofrece paquetes turísticos a Cafayate; ambos saben que en esa cuadra existe un control policial que les permite dormir más tranquilos. Como vimos,



todas estas personas eligen sus lugares de pernocte buscando protección en zonas iluminadas durante toda la noche, cerca de símbolos de seguridad como la policía, o la misma seccional, y esperando ser visibles para éstos. No significa que estas personas tengan un constante miedo ni estén confiadas que no serán asaltadas, sino que existe una lógica espacial donde una de las variables a considerar al momento de elegir un espacio de pernocte es la seguridad del mismo, tomando en cuenta los peligros y exposiciones constantes que devienen con la noche.

Pero en caso de buscar soledad, donde antes que la protección y la luz prefieren la oscuridad, buscando un mínimo de privacidad y tranquilidad para estar en estado de ebriedad sin ser hostigado por la policía, ni molestando a otros transeúntes, el cementerio, el centro del parque, las faldas del cerro San Bernardo, el fondo de un estacionamiento, entre otras cuadras, serán los espacios predilectos para ser ocupados. Así, por ejemplo don Figueroa había instalado su casa a las afueras del cementerio de la ciudad, ahí tenía una construcción de madera y chatarra de aproximadamente un metro de alto, tres de largo y dos de fondo donde podía guardar sus pertenencias y vivir, ahí utilizaba dos colchones que le permitían dormir relativamente cómodo. Su casa estaba construida de manera tal que desde la seccional frente del cementerio no podían verlo, disponía del lugar para llevar amistades a compartir unos vinos, o simplemente descansar sin que nadie lo moleste, el cementerio no es un lugar iluminado y sólo lo transitan consumidores de drogas, algunos jóvenes que entran al cementerio a realizar actividades rebeldes, y otros, como don Figueroa, que prefieren pasar sus noches compartiendo con amistades. Bordeando la terminal sin tocar el asfalto, dirigiéndonos al cerro San Bernardo podemos encontrar un grupo de personas que instalaron, al igual que don Figueroa, una especie de campamento base, o en términos arqueológicos, un asentamiento de usos múltiples donde encontramos registros de actividad humana, ya que es una ocupación fija, guardan en ella colchones, frazadas, ropa y comida debajo de dos árboles que les brindan sombra y los tapan de la lluvia. Ahí tienen una serie de plásticos que les permiten esquivar la humedad de la lluvia manteniendo siempre seca la cocina, ese montón de piedras



donde pueden cocinarse un guiso, o un asado en el mejor de los casos. A su paso dejan rastros de actividad humana, huesos con cortes tramontina; picos de botellas de vidrio y plástico; utensilios reutilizados como vasos de *tetrabrik*³; o metales retallados que sirven de cuchillos, también encontramos pozos de mástil de campamento base y una serie de arte rupestre donde escriben sus apodos de pila, San Roque, el Pela, Jujuy y La Gorda, evidenciando su territorialización (Buchanan, 1993). Ya dirigiéndonos al centro nos encontramos con don Yáñez, un hombre de unos 62 años que duerme en un estacionamiento de autos sobre la calle España, ubicado también a unos pocos metros de la plaza, pero a diferencia de los ejemplos de las zonas de vigilancia, éste no es visible, ni siquiera para los que entran al estacionamiento, ya que se ubica en un fondo oscuro tapado de pies a cabezas, donde distinguir entre la sombra, su persona y un montón de escombros tirados en la esquina se hace sumamente difícil aún para los grupos de ayuda que lo van a visitar, quienes lo reconocen a pocos metros cuando ya decidieron entrar a buscarlo. Don Yáñez es alcohólico e igual que don Figueroa y el grupo del Cerro San Bernardo, prefiere estar lejos del control policial, de la vista de los transeúntes urbanos, de la luz molesta que no deja dormir. Asimismo, don Hernán, también hombre adulto de unos cincuenta años que pasa gran parte de sus días caminando por la ciudad cargando sus seis pesadas bolsas de ropa, frazadas y comida, que aprovecha las plazas para sentarse a mirar el paisaje urbano y descansar un poco, duerme en un pasaje sobre la calle Córdoba a pocas cuadras de don Yáñez donde puede estar sin ser molestado siquiera por los grupos de ayuda que ciertas noches lo buscan. De esta forma, estos cuatro casos se contraponen a los citados anteriormente, así como las zonas de vigilancia se contraponen a las zonas de bazar. Pero al igual que éstas no existe una distancia, una frontera que las distinga inteligiblemente sino más bien están encontradas, muy cercanos unos a otros sin perder por ello la distancia que las define.

Los motivos por los cuales estas personas permanecen en ciertos espacios no sólo responden a las dinámicas de las zonas de vigilancia y bazar, a cuestiones estructurales fuera del alcance del juicio personal, sino que también existen motivos subjetivos para elegir un lugar y no



otro, dentro de las muchas opciones que se presentan. Como dijimos arriba, don Pedro permanece frente a la central de policía, pero podría haber elegido cualquiera de las esquinas que enfrentan el edificio policial que comprende una cuadra de extensión, se siente en todo el derecho de ocupar las puertas de un edificio público como señal de protesta porque considera que la Municipalidad de la ciudad le arruinó la vida dejándolo en la calle, pero podría haber elegido cualquiera de los cientos de edificios públicos que existen en la ciudad; permanecer ahí no implica una elección de estrategia racional, luego de un balance de costos y beneficios, también lo hizo por sus recuerdos: él cuando era niño vivía a tres cuadras dirección oeste de donde actualmente duerme, en una casa vieja con el techo alto, además cursó su primaria en la escuela que está a tres cuadras dirección al este o sea en la dirección opuesta, y aún más, su papá durante unos años trabajó en un vivero justo al frente de donde instala su *monoambiente*, donde actualmente existe una casa de familia. Entonces, a esa esquina, a esa plaza, a esas cuadras que transitaba cientos de veces siendo niño, las conoce aún antes de que cambien tanto por el paso del tiempo, es un espacio no sólo cargado de recuerdos sino también de sentimientos, donde se siente seguro no sólo física sino también emocionalmente, en todo caso, en última instancia es *su* espacio. Por lo tanto, la territorialización del espacio no es sólo un mecanismo de ocupación físicamente excluyente, no se territorializa cualquier espacio, o sólo por motivos de necesidad sino también, se considera lo subjetivo, aquello que toca la fibra sensible de cada uno, lo cual juega un papel importante, sino principal.

Algo que dejamos pendiente son los motivos por los cuales se mueven las personas en situación de calle dentro y fuera de la ciudad. Éstos son diferentes, dependen mucho de las actividades de cada persona pero nos animamos a realizar generalizaciones: uno de los principales motivos de esta migración es la exposición a la calle, la peligrosidad que ésta presenta. Don Ariel durmió durante mucho tiempo en un banco de madera de una plazoleta frente a la terminal de ómnibus, donde preparaba algunos cartones y una frazada para acolchonar el duro cedro, tapándose con un plástico blanco que lo cubría de las lluvias y el rocío de las mañanas. Pero una madrugada un

grupo de jóvenes *piperos*⁴ con un arma blanca lo asaltaron, le quitaron su única frazada, una olla donde guardaba comida y sus zapatillas, en ese momento entendió que allí había dejado de estar seguro y pasó a dormir dentro de la terminal. Luego se trasladó a una construcción donde trabajaba de celador y cuando terminó ese trabajo, volvió a la terminal. Si volvemos a pensar en la dinámica de las zonas de bazar y vigilancia, podríamos decir que Don Ariel cambió la primera por la segunda después de sufrir el costo de vivir en el bazar. Del otro lado de la plaza céntrica, Don Pedro nos cuenta su trayectoria antes de instalar su campamento base frente a la central de policía: él empezó durmiendo cerca del nuevo hospital Materno Infantil, siempre junto a sus perros, que hasta el día de hoy lo acompañan, pero los ruidos de las ambulancias que sonaban cada quince minutos durante toda la noche no lo dejaban dormir, a tal punto que decidió marcharse; luego pasó a una plaza cerca de la ex estación de trenes en un espacio techado que lo salvaguardaba de las lluvias, pero los jóvenes que ocupaban el mismo lugar para vender sustancias ilegales lo amenazaron para que se vaya diciéndole *"no te conocemos, andáte de acá viejo"*, porque sospechaban que interviniera en sus negocios. Sin pensarlo mucho, don Pedro se trasladó a la plaza al frente de donde vive actualmente, para comenzar con su protesta durmiendo en un banco también equipado con una serie de frazadas que sus ex vecinos le facilitaron muy amablemente, ahí mismo vivió la noche más fría del año, aquella noche donde la temperatura llegó a 10º bajo cero, de la cual sólo sintió hablar ya que se despertó a las tres de la mañana bastante sudado por el calor que tenía, debido a que sus perros estaban echados a un costado, de manera tal que servían de estufa natural. Luego de ser molestado por los policías en más de una ocasión, decidió instalarse donde actualmente vive, en las puertas del edificio público. Por su lado, como a diez cuadras de don Pedro, don Ernesto, después de cinco semanas de dormir atrás de la garita de vigilancia del hospital, sufrió el robo de todas sus pertenencias, inclusive de la radiografía del hueso fisurado de su pierna, motivo por el cual decidió agarrar sus muletas y marcharse del hospital sin más que su ropa puesta.

Otro de los motivos por los cuales las personas se mueven o realizan



un desplazamiento descansa en el trabajo. Como ya dijimos anteriormente, Don Ariel trabajó durante unos meses en una construcción razón por la cual se hacía difícil verlo en la terminal, Don Figueroa pasaba meses trabajando en las cosechas de tabaco en el interior de la provincia, dejando su *cuchitrif* a cargo de su hijo u otros amigos, el Pela abandonaba su querido cerro San Bernardo en las fiestas religiosas (como la fiesta de la Virgen y el Señor del Milagro, el Señor de Sumalao en la provincia de Salta, o la Virgen de Río Blanco en Jujuy, entre otras fiestas cercanas).

Además, entre los motivos, como fuimos anticipando, está presente el clima, una fuerte lluvia puede ser fatal para muchos campamentos base, esquivarla, buscar zonas con sombras, cerca de lugares frescos en verano, también juega un rol importante en el movimiento interno. El grupo del *tribunito*⁶ es celoso respecto de la ocupación de esa estructura metálica que expulsa aire caliente, pero sólo en invierno, ya que en verano sería imposible conciliar el sueño con tanto calor. Las estaciones del año, y con ella las distintas opciones que desaparecen o aparecen, son variables a considerar en el movimiento intraurbano.

Además de los tres motivos de desplazamiento citados podemos sumar las opciones de *techo* que se presentan. Referiremos a *techo* a aquellas edificaciones cerradas donde estas personas por un momento (horas o días) dejan de estar en la calle, para pasar a estar en *situación de techo*. Una de estas opciones puede nacer de los transeúntes urbanos o de los grupos de ayuda, a quienes les nace ofrecer un espacio para dormir, una pieza, un garaje, una entrada, una zona en construcción, ofrecimiento que casi siempre es aceptado pero que dura poco tiempo, ya que los estilos de vida de estas personas, en su gran mayoría, no tienen coherencia con las lógicas de solidaridad y caridad que los urbanos practican. Así, Puchero, un hombre alcohólico de unos cuarenta años pasó unas semanas en la casa de Romina (una joven miembro de un grupo de ayuda que sale a dar comida en las calles) pero no le gustaba ser controlado y extrañando las tardes que pasaba con sus amigos, volvió a la calle, como lamenta la misma Romina. Otra fuente de techo es la misma policía, no es extraño ver que en más de una ocasión las personas en situación de calle sean apresadas ante la duda del delito, el agravio a una contravención o por la denuncia de



vecinos. Así, durante unos días, mientras investigan sus antecedentes, las personas se ausentan de las esquinas que siempre transitan. Además de la policía, otra institución que los saca de la calle es el hospital, varios de los contactados fueron internados por distintos motivos haciendo de éstos personas perdidas para sus conocidos que dejaban de verlos repentinamente. Por ahora nos enfocaremos en los diversos motivos por los cuales los espacios son ocupados y desocupados con una frecuencia tal que haría difícil realizar un mapa que tenga una vigencia de más de un mes, ya que los tiempos de la calle son más rápidos que los de la geografía.

Por último, podríamos nombrar los motivos subjetivos, no siempre existen relaciones externas estructurales que deciden por ellos sino que además juegan los gustos, preferencias o el simple antojo. Así, por ejemplo, Doña Nina duerme por lo menos en tres lugares: en la puerta de la escuela Sarmiento sobre la calle Alvarado; a pocos metros de Don Lito en la calle Buenos Aires casi esquina Caseros; y en un banco entre la Iglesia Catedral y el Banco Macro. Los motivos por los cuales cambia de lugar son diversos, por un lado, está atenta al clima, si hiciera mucho viento o lloviera, elije estar en la calle Buenos Aires donde tiene más cobertura; si hubieran muchos transeúntes urbanos en el centro paseando, doña Nina prefiere dirigirse a la escuela donde el flujo de personas siempre es menor; otras veces esta opción está descartada ya que también ocupa el espacio el grupo del *tribunito* y prefiere dirigirse a otro lado. Pero, a veces, simplemente quiere cambiar de paisaje, simplemente quiere caminar un poco más y llegar a su otro lugar de pernocte sin más explicaciones que el deseo de un cambio de aire, sin más voces en su cabeza que el capricho, el antojo, el gusto. Si lo pensamos desde la sociología, podríamos decir que dentro de las opciones que su condición le presenta, ella crea y da a existir un margen, una brecha donde puede negar su condición en el gusto, donde puede decir a los demás, y a sí misma que elige, creación efectiva, ya que verdaderamente elige, ya que verdaderamente crea, crea una mediación entre la condición y la posición, entre lo objetivo y lo subjetivo (Bourdieu 1999).

Entonces, podemos pensar la ocupación del espacio urbano por las personas en situación de calle bajo las lógicas propias de las zonas de



bazar y de vigilancia produciendo una dinámica que hace de éstas ocupas exageradamente móviles pendientes de oportunidades, comodidades, luz, protección, oscuridad y privacidad pero también atentos a satisfacer sus deseos de moverse. Así, los asentamientos de estas personas tienen sentido en el desplazamiento omnipresente que devienen del sin hogarismo, sus asentamientos no son simples ocupaciones de un grupo fundador que se dispone a crear una vivienda (como sí es el caso de los *okupas*, o los grupos de asentamientos de tierras privadas o estatales) sino que son parte de un emplazamiento constante, donde actualizar la lógica de los circuitos, tener presente las zonas de vigilancia y de bazar son vitales, donde asentarse tiene sentido en el desplazamiento, donde desplazarse tiene sentido en el asentamiento. Esta lógica, está más cerca del emplazamiento que de la migración, de cazadores recolectores que practican forrajeo que de una ausencia simple de la vivienda.

Hasta aquí hicimos un recorte territorial que nos ayudó a pensar las lógicas de ocupación del espacio, pero supusimos a las personas involucradas como agentes pasivos que en última instancia no poseen su propio recorte, lo cual no es verdad. Así, don Marcelo no quería tomar bebidas alcohólicas, no era un pichi de la calle, nos indicaba que fuéramos *"allá, en el parque San Martín, ahí tenés un montón de pichis"* con un tono de voz distinto al que frecuentemente emite, reforzando la distancia que construye entre ellos y su persona, lo curioso aquí es que don Marcelo en ese momento dormía en la última parte del parque San Martín, en la punta oeste, a la entrada o a la salida dependiendo desde donde uno camine, pero en su esquema mental, en su espacio imaginado él no estaba en el parque, porque estar en el parque es sinónimo de beber alcohol, es sinónimo de *ser pichi*, imagen de la que Marcelo quiere alejarse (Mauss y Durkheim 1971). En el otro lado del esquema pisando el mismo césped pero entrando a otro mundo, frontera más simbólica que territorial, Santiagueño, hombre de sesenta años, alcohólico que forma parte del grupo el *tribunito*, asegura desconocer cómo funcionan las instituciones de ayuda del centro de la ciudad ya que ellos no van *"para allá"*, para esos lados, porque, argumenta: *"nosotros somos del parque"*

y aquí nos quedamos". Ser del parque no sólo refiere a una identidad territorial, sino también a aceptar todo lo que ello involucra, aceptar ser un pichi sin necesidad de decirlo, sacándole la carga negativa que la palabra supone. En otro segmento del famoso parque, San Luis, que dormía en las puertas del Mercado Municipal, iba a visitar amistades en una fuente donde también se puede compartir unos tragos con amistades sin por ello sentirse desubicados. En la otra punta del mismo parque, Ariel, que también disfruta de los placeres del alcohol, nos indicaba los lugares seguros según su percepción:

"aquí en el parque todas son buenas personas, si las tratás con respeto te tratan bien, pero no salgas de la ciudad (marcando con su mano los límites del casco céntrico), no te vayas para otros barrios, ni al bajo, ni a villas porque... aquí todo bien, sólo con alcohol, pero allá tenés falopa y te acuchillan".

Esta distinción entre espacios seguros y peligrosos es frecuente con pequeñas variantes sin modificar el enunciado de Ariel, lo curioso no es tanto las zonas de ciudad y no ciudad, sino reforzar la idea, la relación directa entre el parque San Martín y el consumo de alcohol, espacio que para algunos es desconocido y peligroso porque no forman parte del mismo, mientras para otros es sinónimo de identidad, de espacio conocido, por lo tanto, seguro.

Pero si lo pensamos bien, estas dos formas de pensar el espacio (el recorte nuestro y el de los participantes) no son excluyentes. Ocupar las zonas de vigilancia implica mantener ciertas condiciones por lo menos para asegurar la permanencia, una de éstas es el no consumo de bebidas alcohólicas o por lo menos no *andar bandereando*⁸, como dice Ariel, ya que se supone que es un lugar donde existe el control y la vigilancia, donde la intervención de la policía es frecuente, espacio compartido con otros transeúntes. En cambio, en las zonas de bazar, *ser pichi* es posible, compartir con unos amigos, hablar en voz alta, reír sin represalias, poner música si alguno posee un celular, como hacía San Luis, Santiagueño y Ariel, lugares donde pueden estar sin ser molestados, donde la oscuridad cubre el escenario, donde la policía



sólo mira de lejos si es que mira, donde crean una imagen de un grupo peligroso, donde las mujeres cambian su trayectoria para pasar lo más lejos posible, oscuridad que también les cuesta seguridad ya que como vimos atrás, los costos del bazar es la exposición a la calle, a esa probabilidad alta de ser asaltados, golpeados, o en el peor de los casos, asesinados. Estas formas de pensar el espacio que recién presentamos están lejos de los techos coloniales que adornan la imagen de una Salta turística, pero aunque están lejos simbólicamente, están cerca espacialmente, mientras un turista inclina su cámara hacia el cielo para fotografiar la hermosa catedral rosada hace pocos años restaurada, e inclina un poco su foco hacia la derecha para incluir dentro del encuadre a la estructura moderna del banco Macro de la ciudad que tiene vidrios geométricamente organizados, doña Nina pasa muy despacio por adelante, sin probabilidad de entrar en la fotografía para dirigirse al banco de cemento que está entre la misma catedral y el mismo edificio bancario, entre la fe y el crédito, para dormir una vez más, esperando que el grupo de ayuda de turno no se olvide de ella.

CONCLUSIÓN

Problematizamos las lógicas espaciales de las personas en situación de calle en la ciudad Salta, que responden a motivos de movimiento y de permanencia, o de desplazamiento y asentamiento siendo partes de una misma lógica de emplazamiento. A su vez, este movimiento no está dado azarosamente sino siguiendo las dinámicas de las zonas de bazar y de vigilancia que presenta la ciudad de Salta, como quizás ocurre en la mayoría de las ciudades de las mismas características, zonas materializadas en mapas siempre caducos donde prima el deseo de oscuridad o de protección, motivos de desplazamiento o asentamiento.

Asimismo, presentamos las representaciones espaciales que estas personas se hacen del mismo territorio que ocupan, representaciones que tampoco están separadas de las lógicas espaciales que interpretamos sino que complementan un escenario urbano de difícil clasificación. Las reflexiones en este artículo no deben pensarse como una conclusión, ni mucho menos como una exposición de distribución

y recorte territorial, sino que pretenden servir para pensar fenómenos parecidos, en ciudades similares, como las del NOA en su conjunto, ya que entendemos que las personas en situación de calle no son un fenómeno exclusivo de la ciudad de Salta sino más bien de todo centro urbano, pero que presenta singularidades que pueden pensarse regionalmente según un tipo de morfología social y una dinámica espacial específicos.

NOTAS

1. Al hablar de *villeros* hacemos referencia a una representación social de las ciudades argentinas que comprende a los habitantes de los sectores marginales conocidos como *villas*. Esta denominación no solo implica una pertenencia en el sector de vivienda, sino también una vestimenta, un comportamiento corporal y verbal específico, que recrea la imagen del *villero*.

2. *Trapito* es el nombre común que se utiliza en el lenguaje coloquial para hacer referencia a aquellas personas que cuidan los autos estacionados por las calles de las ciudades.

3. *Tetrabrik* es un envase descartable de cartón impermeabilizado con aluminio, generalmente en forma de tetraedro, utilizado para productos líquidos como leche, yogur, jugo, chocolatadas, o vinos. En nuestro escenario etnográfico, la gran mayoría de los tetrabriks contenían vino y fueron re utilizados para servir como vasos.

4. Con el sustantivo *piperos*, en tanto palabra nativa, referimos a aquellos consumidores de una droga ilegal que torna distintos nombres según la región y la época, como *crak*, *paco*, *bicha*, etc. Se compone con residuos de la cocaína procesada con ácido sulfúrico y queroseno, o también puede mezclarse con cloroformo, éter o carbonato de potasio. Su producción se la comercializa a un bajo costo por lo cual es consumido en mayor medida en los sectores más bajos.

5. Existen diferentes formas de llamar al espacio territorializado para



pernoctar. Don Pedro llama a la estructura de cartón que construye *monoambiente*, don Ernesto bautizó al espacio donde dormía como *residencia*, así como don Figueroa quien llama cariñosamente *cuchitril* a su construcción de maderas y cartón.

6. Existe un grupo de personas en situación de calle, entre cuatro a quince personas, que es llamado "*el tribunito*" ya que territorializan una estructura de metal en el Parque San Martín al lado de un quisco de revistas y diarios pintado de color blanco y azul con un cartel anunciando el nombre "El Tribuno" correspondiente a un diario local. Asimismo, el grupo que vive en las faldas del cerro San Bernardo es denominado "*el grupito del cerro*", y aquel que se reúne en una rotonda frente la terminal de ómnibus, "*el grupito de la terminal*".

7. Con el sustantivo "*Pichi*" damos cuenta de una palabra nativa que define a un consumidor sistemático de alcohol, con un cierto grado de deterioro por el mismo psicoactivo, puede considerarse como un sinónimo a "alcohólico" pero purgándolo de la carga negativa incluida en ésta palabra considerada una enfermedad conductual.

8. "*Andar bandereando*" es una expresión que refiere a no evidenciar una práctica, o sea, realizarla en el silencio, o mínimamente con cautela.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bourdieu, P. (1999) *Meditaciones Pascalinas*. Barcelona. Editorial Anagrama.

Buchanan, I. (1993) *Espacios extraordinarios en lugares ordinarios*. Editorial Latinoamerica.

De Certeau, M. (1987) *La invención de lo cotidiano en Revista Espacios*, Centro de Investigaciones Filosóficas. Instituto de Ciencias. Universidad Autónoma de Puebla. Año IV, N° 11.

Flores Klarik, M. (2001) *La construcción de Salta "La Linda". Aportes para una Antropología del Turismo*. Tesis de grado, Universidad Nacional de Salta. 116990.

Mauss, M. y Durkheim, E. (1971) *Las formas primitivas de clasificación. Contribución al estudio de las representaciones colectivas*, separata de *Année sociologique*, 6, en Mauss, M. *Obras Completas* (Vol. II. Institución y culto. Representaciones colectivas y diversidad de civilizaciones). Barcelona, Barral Editores p 13-85.

Ruggiero, V and South, N. (1997) *The late city as a bazaar: drug markets, illegal enterprise and the barricades*. In *The British Journal of Sociology*, v. 48, n 1, p 54-17